



Vaticano II, cincuenta años después

Vatican II, fifty years later

José Comblin*

Resumen

El artículo parte de una situación que tendrá gran importancia para la posterior evolución del Concilio en la Iglesia: la existencia de una minoría conciliar conservadora, representada por la Curia Romana, estratégicamente presente en las comisiones preparatorias. De las tensiones entre renovadores y conservadores, resultaron documentos ambiguos, anunciando temas nuevos, a los que se contraponían viejas facetas de la tradición papal. Paralelamente a lo que el Concilio representó en términos de renovación de la Iglesia, el artículo traza el perfil de otro cambio ocurrido en la historia del Occidente: la revolución cultural, simbólicamente representada por 1968. Esta significó la crítica radical a todas las instituciones establecidas y de todos los sistemas de autoridad. Con relación a la Iglesia, la revolución cultural (marcada, entre otras cosas, por el descubrimiento de la píldora anticonceptiva y por la explosión feminista) puso en jaque sus dogmas y valores. Concomitantemente, los cambios en el modo de producción capitalista caminaban en dirección a la desvalorización del trabajo y a la exacerbación del consumo. En crisis y desprestigiada por el impacto de los cambios culturales, la Iglesia reaccionó con el “retorno a la grande disciplina”. En América Latina, donde la recepción del Concilio prometía frutos auspiciosos, quedan tímidas reformas. Frente a todo esto, la reflexión propuesta por el artículo señala caminos de esperanza para la vivencia de la fe.

Palabras Clave: Iglesia. Concilio Vaticano II. Curia Romano. Revolución cultural. 1968.

Abstract

This article starts from a situation of great importance in the subsequent evolution of the Council within the Church: the existence of conservative minority represented by the Roman Curia, strategically present within the preparatory commissions. Tensions between reformers and conservatives led to ambiguous documents and announced new issues to which the papal tradition was opposed. Next to the Council represented in terms of renewal of the Church, the article traces the profile of another change that took place in Western history: the Cultural Revolution represented symbolically by 1968. The revolution meant a radical critique of all established institutions, and all systems of authority. The Cultural Revolution (marked by the discovery of the pill and the feminist explosion) also put into question the dogmas and values of the Church. Concomitantly, changes in the capitalist mode of production devaluated the work and encouraged consumption. In crisis and discredited by the impact of cultural changes, the Church responded with a “return to the great discipline”. In Latin America, where the reception of the Council promised auspicious fruits, timid reforms remained. Given this, the reflection proposed by the article points out the way of hope for living the faith.

Keywords: Church. Vatican II. Roman Curia. Cultural Revolution. 1968.

Artigo publicado no Mutirão (*Minga*) Temático de Revistas Latino-americanas, organizado pela parceria Koinonia/ASETT (Associação Ecumênica de Teólogos/as do Terceiro Mundo ASETT/EATWOT).

* Doutor em Teologia, sacerdote belga, conciliou o magistério teológico (cria diversos cursos e seminários, participa ativamente da T. da Libertação) e a inserção no meio do Povo de Deus: operários, os camponeses (criou a Teologia da Enxada), os indígenas (trabalhou com Dom Leônidas Proaño, Equador) e as comunidades eclesiais de base, morrendo em pleno momento frutífero de trabalho, administrando um curso em Pedro Simões, Bahia, em 27 de março de 2011. Trabalhou no Brasil, Chile, Equador, Bélgica com Dom Hélder, Dom José Maria Pires e, nos últimos tempos, estava em Barra, Bahia, morando com outro bispo profeta – Dom Luiz Cappio. Este é um dos seus últimos escritos.

Introducción: Antes del Concilio

La mayoría de los obispos que llegaron al Concilio Vaticano II no entendían para qué habían sido convocados. No tenían proyectos. Pensaban, como los funcionarios de la Curia, que el Papa, en solitario, podía decidirlo todo y no era necesario convocar un concilio. Pero había una minoría muy consciente de los problemas del pueblo católico, sobre todo en los países intelectual y pastoralmente más desarrollados. Allí habían vivido episodios dramáticos de la oposición entre las preocupaciones de los sacerdotes más metidos en el mundo contemporáneo y la administración vaticana. Sabían lo que habían sufrido en el pontificado de Pío XII, quien se oponía a todas las reformas, tan esperadas por muchos. Todos los que buscaban una inserción de la Iglesia en el mundo contemporáneo, con su desarrollo de las ciencias, la tecnología y la nueva economía, así como por el espíritu democrático, se sentían reprimidos. Había una élite de obispos y de cardenales que estaban muy conscientes de las reformas necesarias, y quisieron aprovechar la oportunidad ofrecida providencialmente por Juan XXIII. La Curia no aceptaba las ideas del nuevo Papa y muchos obispos estaban desconcertados, porque el modelo de Papa de Juan XXIII era muy diferente del modelo de los Papas Píos, que se consideraba obligatorio desde Pío IX.

Las comisiones preparatorias del Concilio eran claramente conservadoras, y, por eso, el día de la apertura del Concilio las perspectivas de los teólogos y peritos traídos por los obispos más conscientes eran bastante pesimistas. Pero el discurso de apertura de Juan XXIII rompió decididamente con la tradición de los Papas anteriores. Juan XXIII anunció que el Concilio no estaba reunido para hacer nuevas condenaciones de herejías, como era la costumbre. Dijo que se trataba de presentar al mundo otra figura de la Iglesia, que la haría más comprensible para los contemporáneos. La mayoría de los obispos no entendió nada, y pensó que el Papa no había dicho nada porque no había mencionado ninguna herejía. Para el Papa no se trataba de aumentar el número de dogmas, sino de hablar al mundo moderno en un lenguaje que pudiera entender. Una minoría entendió el mensaje, y sintió que tendría el apoyo del Papa en su lucha contra la Curia.

La Curia romana tenía una estrategia. Había una manera de anular el Concilio. Las comisiones habían preparado documentos sobre todos los asuntos anunciados. Todos los documentos eran conservadores y no permitían ningún cambio real en la pastoral. Esos

documentos serían entregados a las comisiones conciliares, que los aprobarían, y el Concilio se terminaría en pocas semanas con documentos inofensivos que no cambiarían nada. Lo importante era hacer una lista de comisiones con obispos conservadores y explicar al Concilio que lo más práctico sería aceptar las listas ya preparadas por la Curia, puesto que los obispos de la asamblea no se conocían.

El primero que descubrió esa estrategia fue Manuel Larraín, obispo de Talca, Chile, y presidente del CELAM. Él, con Hélder Câmara -eran amigos íntimos, acostumbrados a trabajar juntos- fueron a avisar a las cabezas del episcopado reformador. La Curia había preparado una lista de miembros de las comisiones, escogidos de tal manera que se sabía que aprobarían los textos curiales sin problema. Se trataba de rechazar las listas preparadas por la Curia y pedir que las comisiones fueran elegidas por el mismo Concilio. Los líderes, cardenales Doepfner de Munich, Alemania, Liénart de Lille, Francia, Suenens de Malinas, Bélgica, Montini de Milán y algunos más, tomaron la palabra y pidieron que el mismo Concilio nombrara a los miembros de las comisiones, lo que fue aprobado por aclamación. La conclusión fue que las nuevas comisiones rechazaron todos los documentos preparados por las comisiones preparatorias, lo que fue una afirmación del episcopado frente a la Curia romana. El Papa estaba feliz. Claro que en pocas horas, Manuel Larrain y Hélder Câmara hicieron listas de los obispos latinoamericanos que podían integrar las comisiones, y otros hicieron lo mismo para los otros continentes, porque Manuel Larrain ya tenía muchos contactos en el mundo. Desde el inicio quedó claro que el Concilio sería una batalla de cada hora contra la Curia romana. El Papa no tenía fuerza para cambiar la Curia. Hasta hoy los Papas son prisioneros de la Curia, que teóricamente depende de ellos. La administración es más fuerte que el gobernante en la Iglesia, como en muchas naciones. La administración puede impedir cualquier cambio sólo por su inercia. Ni siquiera Juan Pablo II se atrevió a intervenir en la Curia. Impotente en Roma, se fue al mundo, en donde fue aclamado triunfalmente.

La mayoría conciliar que el grupo renovador logró conquistar, no quería ruptura y por eso siempre dio importancia a la minoría conservadora que, aunque pequeña, representaba los intereses de la Curia. Por eso, muchos textos fueron ambiguos porque después de un párrafo reformista venía un párrafo conservador que decía lo contrario. Por

un lado se anunciaban temas nuevos, y luego se abría espacio para los temas viejos de la tradición de los Papas Píos. Esa ambigüedad perjudicó mucho la aplicación del Concilio.

La minoría conciliar y la Curia no se convirtieron. Todavía se oponen al Vaticano II, y encuentran argumentos en los mismos textos conciliares conservadores. Cuando Juan Pablo II citaba los textos del Vaticano II, citaba los textos más conservadores, como si los otros no existieran. Por ejemplo en la *Lumen Gentium*, claro está que lo destacado es el lugar que se da al Pueblo de Dios; sin embargo, cuando se trata de la jerarquía, el Pueblo de Dios desaparece, y todo continúa como siempre. En 1985, por instigación del cardenal Ratzinger, «pueblo de Dios» fue eliminado del vocabulario del Vaticano. Desde entonces ningún documento romano hace referencia al Pueblo de Dios, que era el tema importante de la Constitución conciliar. El cardenal Ratzinger había descubierto que «pueblo de Dios» era un concepto sociológico, aunque el concepto de «pueblo» no se encuentre en los tratados de sociología. El pueblo no existe sociológicamente porque es un concepto teológico, bíblico (!).

Esta situación va a tener mucha importancia en la evolución ulterior del Vaticano II en la Iglesia. Desde el comienzo hubo un partido al que siempre se dio importancia y poder, y que luchó contra todas las novedades. En las elecciones pontificias -que, como siempre, son manipuladas por algunos grupos- el problema del Vaticano II fue decisivo, y los Papas fueron elegidos porque se sabía de sus restricciones a los documentos conciliares en todo lo que tienen de nuevo. El Papa actual puede vivir diez años más, o más todavía. Después de él podemos pensar que será elegido de nuevo un Papa poco comprometido con el Concilio, para usar un eufemismo, porque los grupos que defienden esa posición son muy fuertes en la Curia y en el colegio de los cardenales, y no hay señales de que los futuros nombramientos puedan traer cambios de orientación. Los últimos nombramientos en la Curia son elocuentes.

1 De 1965 a 1968

La historia de la recepción del Vaticano II fue determinada por un acontecimiento totalmente imprevisto. 1968 es una fecha simbólica, la de la mayor revolución cultural en la historia del Occidente, más que la revolución francesa o la revolución rusa, porque toca la

totalidad de los valores de la vida y todas las estructuras sociales. A partir de 1968 lo que ocurrió fue mucho más que una protesta de los estudiantes. Fue el comienzo de un nuevo sistema de valores y una nueva interpretación de la vida humana.

El Vaticano II respondió a los interrogantes y los desafíos de la sociedad occidental en 1962. Los problemas tratados, las respuestas propuestas, las discusiones sobre las estructuras eclesiales, las ideas sobre una reforma litúrgica, todo eso había sido preparado por teólogos y pastoralistas, sobre todo desde los años 30 en los países de Europa central, Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza con algunas franjas en el norte de Italia. Estaba reconstruida la sociedad europea destruida por la guerra y la Iglesia ocupaba un lugar de destaque en la sociedad. Era el gobierno en Alemania, Italia, Bélgica. Holanda y tenía participación en los gobiernos de Francia. En realidad, había perdido contacto con la clase obrera, pero ésta ya estaba disminuyendo numéricamente por la evolución de la economía hacia los servicios. El número de católicos practicantes estaba disminuyendo, pero no de una manera que llamara la atención. La Iglesia tenía un clero fiel, un episcopado bastante ilustrado, aunque poco reformista socialmente, pero identificado con los partidos demócrata-cristianos. El gran problema de la Iglesia era la tensión entre los sectores más comprometidos con la nueva sociedad, y el mundo romano de Pío XII, apoyado por las Iglesias de países menos desarrollados y más tradicionalistas, como España, Portugal, América Latina, Italia -sobre todo al sur de Florencia-, o de los pueblos católicos del Sudeste europeo. Los problemas eran estructurales, y no alcanzaban ni a los dogmas ni a la moral tradicional.

En 1968 comenzaba abruptamente una revolución total que afectaba a todos los dogmas y toda la moral tradicional, a todas las estructuras institucionales tanto de la Iglesia como de la sociedad. En 1968 el Vaticano II habría sido imposible, porque no habría nadie o casi nadie para entender lo que estaba pasando. El Vaticano II respondió a los problemas de 1962, pero no tenía nada para dar respuestas a los desafíos de 1968. En 1968 el Concilio habría sido un Concilio conservador asustado por las transformaciones culturales radicales que empezaban.

Las manifestaciones exteriores de la revolución de los estudiantes en todo el mundo occidental desarrollado fueron reprimidas con facilidad, y, por eso, muchos pensaron que sería un episodio sin consecuencias importantes. En realidad, era el comienzo de una era

nueva que todavía está en pleno desarrollo hoy día. 1968 significa cambio de toda la política, la educación, los valores morales, la organización de la vida y la economía.

1968 es una fecha simbólica que evoca los grandes acontecimientos que cambiaron el mundo en la década de los 60, sobre todo a partir de 1965.

- a) 1968 significó una crítica radical de todas las instituciones establecidas y de todos los sistemas de autoridad. Era la contestación global de toda la sociedad organizada tradicional. La crítica se dirigía al Estado, a la Escuela en todos sus niveles, al Ejército, al sistema jurídico, a los hospitales. Era una crítica a todas las autoridades establecidas que mandan por la fuerza de las estructuras y hacen de todos los ciudadanos los prisioneros de las instituciones. Claro está que la Iglesia católica está incluida en esa crítica. La Iglesia católica era el modelo típico de un sistema institucional radicalmente autoritario. Ella fue inmediatamente atacada e denunciada con vigor. Los cambios conciliares, tan tímidos, no podían convencer a la nueva generación. El Vaticano II era totalmente inofensivo si se compara con la revolución cultural que comenzó en 1968.

- b) 1968 inició una lucha contra todos los sistemas de pensamiento, lo que se llamó “los grandes relatos”. Los sistemas son formas de manipulación del pensamiento, son expresiones de dominación intelectual. No se acepta ningún sistema que tenga la pretensión de ser “la verdad”. Con eso sufren los dogmas y el código moral de la Iglesia católica, y toda su pretensión de “magisterio”. El Vaticano II no podía ni siquiera imaginar que fuera posible tal situación. Allí no hubo ninguna discusión de ningún dogma y todo el sistema de pensamiento nunca fue cuestionado. Ahora la nueva generación contesta todo el sistema doctrinal de la Iglesia católica porque ese sistema no permite el libre ejercicio del pensamiento. No es que la nueva generación quiera negar todo el contenido doctrinal, pero no quiere aceptar todo un sistema sin discutirlo primero, y no quiere aceptarlo todo en bloque. Quiere examinar cada elemento, aceptar o no aceptar.

c) Simultáneamente se dio la explosión de la revolución feminista. El descubrimiento de la píldora que permite evitar la fecundación y que, por lo tanto, facilita la limitación de la natalidad, despertó un entusiasmo universal entre las mujeres que tomaron conocimiento de la novedad. Era un elemento básico en la liberación de las mujeres, que dejaban de ser totalmente dependientes de maternidades repetidas. Era una novedad para la Iglesia también. Nada había en la Biblia sobre esa técnica. Los episcopados de los países más desarrollados socialmente y los teólogos consultados por el Papa manifestaron que no había nada en la moral cristiana que pudiera condenar el uso de la píldora. Pero el Papa se dejó impresionar por el sector más conservador aunque minoritario, y publicó la encíclica *Humanae Vitae* que fue como una bomba. Muchos no podían creer que el Papa hubiera firmado esa encíclica. Fue una revuelta inmensa entre las mujeres católicas. Éstas no aplicaron la prohibición papal y aprendieron la desobediencia. De esa fecha viene la huida de las mujeres. Ahora bien las mujeres son las que transmiten la religión. Cuando las mujeres dejaron de enseñar la religión a sus hijos, aparecieron generaciones que lo ignoran todo sobre el cristianismo. Muchos obispos quedaron destrozados, pero nada podían hacer porque el Concilio no había tocado en nada en el ejercicio del primado del Papa. El Papa decide solo, aun contra todos. Era el caso: el Papa había decidido contra los obispos, los teólogos, el clero, los laicos informados. Por desgracia, fue obra del Papa Pablo VI, que por tantos meritos en la historia del Concilio, aparecía como hombre de apertura. ¿Por qué justamente él? De otro Papa se habría entendido mejor, aunque el efecto producido hubiera sido igual. Para muchos, *Humanae Vitae* era como un desmentido dado al Vaticano II: ¡nada había cambiado!

d) 1968 y la sociedad de consumo. Hasta entonces el consumo estaba orientado por las costumbres. Había un consumo moderado y limitado. Los ricos no hacían ostentación de su riqueza. El consumo dependía de la regularidad de la vida: comidas regulares y tradicionales, fiestas tradicionales con gastos tradicionales, dentro de un ritmo de vida en el que el trabajo ocupaba el lugar central. A partir de la década de los 60, el trabajo dejó de ser el centro de la vida. En adelante, en el

centro está la búsqueda del dinero para poder pagar las vacaciones, los fines de semana, las fiestas y el consumo festivo. El trabajo es lo que permite el consumo. El trabajo agrícola desaparece en los países más desarrollados y el trabajo industrial disminuye. Las estructuras sociales estimulan el consumo, y los que no pueden consumir se sienten inferiores. La gente gasta lo que no tiene y paga en 12, 48, 70 meses. Se puede consumir sin poder pagar inmediatamente. Se paga después de años. Los jóvenes gastan lo más que pueden.

- e) El capitalismo descontrolado. La supresión de todas las leyes que controlan los movimientos de capitales estimula la carrera hacia la riqueza. Una nueva moral califica a la gente por el dinero que acumula y por la ostentación de su riqueza. En adelante los dueños del capital hacen lo que quieren y como quieren con el riesgo de provocar crisis financieras de las que las víctimas son los pequeños. Hasta la caída del comunismo en la URSS, el magisterio luchaba contra ese comunismo y poca atención daba al crecimiento rápido de una nueva forma de capitalismo. En América Latina, la Iglesia reacciona muy tímidamente a la conquista económica por los grandes centros capitalistas mundiales. En la práctica, la Iglesia va a olvidarse de *Gaudium et Spes* y va a aceptar la evolución del capitalismo descontrolado. La doctrina social de la Iglesia perdió todo significado profético porque en la práctica nada se aplicó a casos concretos. En la práctica el magisterio aceptó el nuevo capitalismo.

Nada de eso fue provocado por el Concilio. No se puede atribuir al Vaticano II todo lo que sucedió como consecuencia de la gran revolución cultural de Occidente, pues esa revolución tuvo inmediatamente repercusiones en la juventud de la Iglesia. Todos sintieron que la institución de la Iglesia estaba profundamente cuestionada y desprestigiada. Ese desprestigio no vino del Vaticano II sino de la gran crisis cultural. El efecto más visible fue la crisis sacerdotal: unos 80.000 sacerdotes dejaron el ministerio. Casi todos los seminaristas abandonaron los seminarios. Esto fue atribuido al Concilio por sus adversarios. En realidad no había nada en él que pudiera explicar ese hecho, ni la huida de millones de católicos laicos. Pero todo se explica por la revolución cultural de la juventud.

2 La reacción de la Iglesia fue la que se podía temer

Los Papas y muchos obispos aceptaron el argumento de los conservadores de que los problemas de la Iglesia venían del Vaticano II. Varios teólogos que habían sido defensores y promotores de los documentos conciliares cambiaron, y adoptaron la tesis de los conservadores, entre ellos el mismo Papa actual. Empezaron a decir que el Concilio “fue mal interpretado”. Por eso, el Papa convocó un Sínodo extraordinario en 1985, con ocasión de los 20 años de la conclusión del Concilio, para luchar contra las falsas interpretaciones y dar una interpretación correcta. En la práctica la nueva interpretación, la “correcta”, consistía en suprimir todo lo que había de nuevo en los documentos del Vaticano II. Una signo emblemático fue la condenación de la expresión “Pueblo de Dios”. Se acabó la época de las experiencias, decía Juan Pablo II. Prácticamente, lo que se hizo, fue repetir lo mismo que hizo después de la Revolución francesa: cerrar las puertas y las ventanas para cortar la comunicación con el mundo exterior, y reforzar la disciplina para evitar las huidas. Pero no se logró evitar las huidas. El problema es que la Iglesia ya no tiene un inmenso campesinado pobre. En América Latina los pobres se van a los evangélicos.

Desde entonces en el lenguaje oficial se hace referencia al Concilio, pero su mensaje permanece ignorado. El Concilio permanece en la memoria y en la fundamentación de las minorías sensibles a la evolución del mundo, que buscan en él argumentos para pedir cambios y respuestas a los desafíos del mundo actual. La juventud, incluso los nuevos sacerdotes, no sabe qué fue ese Vaticano II, que para ellos no ofrece ningún interés. Están más interesados en el catolicismo anterior a Vaticano II con su seguridad, su belleza litúrgica y la justificación de un autoritarismo clerical que les salva de los problemas.

La reacción de la Iglesia fue la vuelta a la disciplina anterior. El símbolo de esa reacción fue el nuevo código de derecho canónico, en el que se mantiene toda la estructura eclesiástica del código de 1917, a veces con un lenguaje menos autoritario y más florido. El

nuevo código cerró las puertas a todos los cambios que se podrían inspirar en Vaticano II. Hizo históricamente inoperante al Vaticano II.

En el mundo, la prioridad, dada a la lucha contra el comunismo –un comunismo ya en plena decadencia– hizo que la Iglesia aceptara con silencio –los silencios de la doctrina social de la Iglesia, decía el padre Calvez– el capitalismo desenfrenado que se instaló en la década de los 70. En América Latina el Vaticano apoyó las dictaduras militares y condenó todos los movimientos de transformación social en nombre de la lucha contra el comunismo. Desde el gobierno de Reagan la alianza con Estados Unidos se mantuvo fielmente hasta la guerra de Irak, que al fin abrió los ojos del Papa, por un momento. En esa forma la Iglesia se aliaba con los poderosos del mundo y se condenaba a ignorar el mundo de los pobres en su pastoral real. Los nombramientos episcopales fueron altamente significativos.

En América Latina la reacción de la Iglesia frente a la revolución cultural que empezó en el mundo desarrollado fue muy dolorosa. Destruyó algo nuevo que estaba naciendo. Pues, en América Latina el Vaticano II significó un cambio real. El Vaticano II fue lo que convirtió al episcopado y a buena parte del clero y de los religiosos. Antes, había sacerdotes, religiosos, laicos y también obispos que habían hecho una opción por los pobres. En Roma los obispos latinoamericanos se encontraron y fueron evangelizados por los obispos de la opción por los pobres. El CELAM, con la aprobación de Pablo VI, convocó la asamblea de Medellín, que cambió los rumbos de la Iglesia porque sacó del Concilio conclusiones prácticas. Decidió la opción por los pobres y el compromiso por un cambio social radical, legitimó las comunidades eclesiales de base y la formación de los laicos por la Biblia, y por la acción política. Las CEBs fueron una estructura nueva en la que los laicos tenían una real iniciativa y un poder real, aunque limitado. En varias regiones Medellín no fue aceptado, o no fue aplicado, pero hubo regiones importantes en las que Medellín cambió la Iglesia, y fue la aplicación del Vaticano II.

Todo ese movimiento fue atacado sistemáticamente en Roma con argumentos proporcionados por sectores reaccionarios de América Latina. Desde 1972 la campaña contra Medellín fue dirigida por Alfonso López Trujillo. A pesar de esa campaña, en Puebla en 1979 Medellín todavía se salvó. Pero en el pontificado de Juan Pablo II la presión aumentó. Las advertencias romanas, los nombramientos episcopales, las

expresiones de represión en contra de los obispos más comprometidos con Medellín tuvieron efecto. La condenación de la teología de la liberación en 1984 quería dar el golpe final. La carta del papa a la CNBB (Conferencia episcopal brasileña) el año siguiente limitó un poco el alcance de la condenación, pero la teología de la liberación todavía es algo sospechoso.

3 Lo que queda del Vaticano II

Hoy en día, las reformas logradas por Vaticano II nos parecen muy tímidas y totalmente inadecuadas por su insuficiencia. Habrá que ir mucho más lejos porque el mundo ha cambiado más en los últimos 50 años que en los 2.000 años anteriores.

Del Vaticano II destacamos lo siguiente, que debe permanecer como una base para las reformas futuras:

- El retorno a la Biblia como referencia permanente de la vida eclesial por encima de todas las elaboraciones doctrinales, los dogmas y las teologías.
- La afirmación del Pueblo de Dios como participante activo en la vida de la Iglesia, tanto en el testimonio de la fe como en la organización de la comunidad, con una definición jurídica de derechos, y con derecho a recurso en los casos de opresión por parte de las autoridades.
- La afirmación de la Iglesia de los pobres.
- La afirmación de la Iglesia como servicio al mundo y sin buscar el poder.
- La afirmación de un ecumenismo de participación más íntima entre las Iglesias cristianas.
- La afirmación del encuentro entre todas las religiones, incluyendo las opciones no religiosas.
- Una reforma litúrgica que use símbolos y palabras comprensibles para los hombres y las mujeres contemporáneos.

4 Las condiciones de la humanidad actual en estado de radical transformación

a) ¿Cómo entender la fe?

Desde la modernidad muchos cristianos perdieron la fe, o pensaron que la habían perdido, porque tenían una idea equivocada de la misma. Actualmente ese fenómeno se multiplica porque la formación intelectual se ha desarrollado y muchos se quedan con una consciencia religiosa infantil o primitiva que luego rechazan o pierden cuando llegan a la adolescencia.

Los pueblos primitivos de cultura oral y los niños creen en los objetos religiosos como en los objetos de su experiencia. Por eso es fácil llegar a pensar que la fe es algo como la experiencia inmediata. Cuando se dan cuenta que ya no pueden creer en los objetos de la religión en esa forma, porque adquieren el espíritu crítico, creen que pierden la fe, porque la confunden con su consciencia religiosa infantil.

La fe es diferente de la experiencia inmediata, del conocimiento científico o del conocimiento filosófico. El objeto de la fe es Jesucristo, la vida de Jesucristo. Es dar adhesión a esa vida y adoptarla como norma de vida porque tiene un valor absoluto, porque esa vida es la verdad: es así como debemos ser hombres o mujeres. No es una evidencia que no permita dudas. Es una percepción de verdad, que nunca suprime una franja de duda, porque siempre es un acto voluntario, y porque no se ve esa verdad. El creyente no se siente obligado a creer. Es un acto de entrega de su vida, la elección de un camino. No hay evidencia de que Jesús vive y está en nosotros, pero se reconoce porque se siente una presencia que es un llamado repetido a pesar de todas las dudas.

Hoy día el papa condena como relativismo fenómenos propios del ser humano actual que ya no puede entender la manera tradicional de conocer los objetos de la religión. Éstos no son parte de su experiencia de vida. La fe es conocimiento de la vida de Jesús de una manera totalmente especial, sin comparación con las certidumbres que adquiere en la vida de cada día. Esta condición del ser humano actual supone una profunda revisión de la teología de la fe. Esta revisión de la teología ya se está haciendo, pero no se divulga, lo que permite que millones de adolescentes pierdan la fe más que nunca, porque no se les explica lo que es.

b) La religión

Nuestros contemporáneos dejan los actos litúrgicos oficiales de la Iglesia porque los encuentran aburridos. La repetición de lo mismo es aburrida. La repetición de “domingos

del año” durante tantas semanas es algo aburrido. El lenguaje litúrgico es peor, porque no se hace en lengua popular. Cuando la liturgia era en latín, era mejor, porque no se entendía. Una vez que se entiende, se nota que el estilo es insoportable. Usa un lenguaje pomposo, formalista, lenguaje de corte: “humildemente pedimos...”. Nadie habla hoy así. “Asociamos nuestra voz a la voz de los ángeles”... fórmula convencional que no responde a nada en la vida. Hay cientos de formulas semejantes. Los carismáticos salvan la situación, pero su liturgia está lejos de ser una introducción al misterio de Jesús.

c) La moral

Nuestros contemporáneos no aceptan códigos de moral, ni que se les imponga o prohíba conductas porque están en el código. Quieren entender el valor de los preceptos o de las prohibiciones. O sea, están descubriendo la conciencia moral que hace descubrir el valor de los actos. No aceptan la voz de una conciencia que no es nada más que la voz del “super-ego”. Antes, la base de la moral cristiana era la obediencia a la autoridad. Había que hacerlo o no hacerlo porque la Iglesia lo mandaba o lo prohibía. Por eso, tantas veces los laicos preguntaban: ¿esto se puede hacer? Si el sacerdote decía que sí, el problema moral estaba solucionado. Esto pertenece ya al pasado.

d) La comunidad

El cristianismo es comunitario. Pero las formas tradicionales de comunidad tienden a debilitarse. La misma familia perdió mucho de su importancia porque sus miembros se encuentran menos. La parroquia actual perdió el sentido de comunidad. Están apareciendo muchas nuevas formas de pequeñas comunidades basadas en libre elección. Esas comunidades tendrán la capacidad de celebrar la eucaristía, lo que supone una persona apta para presidir la eucaristía en cada grupo de unas 50 personas. No hay ninguna dificultad de doctrina, porque en los primeros siglos la situación era ésa y no hubo problema. Esto es fundamental porque una comunidad que no se une en la eucaristía no es realmente comunidad cristiana. Los sacerdotes a tiempo completo estarán alrededor del obispo de cada ciudad importante para evangelizar todos los sectores de la sociedad urbana.

Claro está que no sabemos cuándo o cómo llegará eso. Es poco probable que un Concilio que reúna únicamente obispos pueda descubrir las respuestas a los desafíos del

tiempo. Las respuestas no vendrán de la jerarquía, ni del clero, sino de laicos que viven el evangelio en medio de un mundo que entienden. Por eso tenemos que estimular la formación de grupos de laicos comprometidos al mismo tiempo con el evangelio y con la sociedad humana en la que trabajan.

El Vaticano II quedará en la historia como una tentativa de reformar la Iglesia al final de una época histórica de 15 siglos. Su único defecto fue que vino demasiado tarde. Tres años después de su clausura estaba cayendo en la mayor revolución cultural del Occidente. Sus detractores lo acusaron de todos los problemas surgidos de esa revolución cultural, y, con eso, lo mataron. Pero el Vaticano II permanece como una señal profética. En medio de una Iglesia prisionera de un pasado que no sabe superar, es una voz evangélica. No pudo reformar la Iglesia como quería, pero fue un llamado a mirar hacia el porvenir. Aún hay movimientos poderosos que predicán la vuelta al pasado. Tenemos que protestar. Cuando personas que nada entienden de la evolución del mundo contemporáneo quieren refugiarse en un pasado sin apertura hacia el futuro, tenemos que denunciar. Para nosotros el Vaticano II es Medellín. También quisieron matar Medellín. Medellín permanece como el faro que nos muestra el camino.

Última reflexión: el porvenir de la Iglesia católica está naciendo en Asia y en África. Será muy diferente. A los jóvenes hay que decirles: ¡aprendan chino!